

Madura como un durazno

Iba caminando con él. Sin siquiera mirarlo podía leer cada una de las arrugas de sus manos con tan solo el tacto que tenía con las mías. Era una tarde soleada, de verano para ser más precisa. Íbamos por ese camino de tierra por el que habíamos pasado tantas tardes después de almorzar, en bicicleta, pero esta vez era diferente. Mis ojos recorrían en silencio cada piedra que pasaba por mis pies, intentando grabar cada detalle de allí...

-¿En qué piensas tanto hija?- Me dijo sin siquiera girar su vista.-

- En ti -Le dije- Quisiera que el tiempo fuera infinito y que tu te unieras a él. Quisiera que la vida no me exigiera nada más para poder estar a tu lado cada segundo restante.

- Yo no quiero eso. -Desconcertada gire a mirarlo.-

-¿No quieres estar cerca mio abuelo? -Dije casi en tono sarcástico.-

-No hija. Quiero que vueles muy lejos, tanto que no pueda verte de lo alto que estes. Quiero que busques tu camino, quiero que seas feliz.

Me caí tantas veces, que las cicatrices que quedaron se convirtieron en un escudo. No quería volar, quería quedarme segura y acurrucada en ese nido que tanto me había protegido por tanto tiempo, pero tenía que cumplir los deseos de mi familia.

-Mira allí- Dijo apuntando un árbol de duraznos- Esa eres tú, un lindo y gran durazno maduro, listo para ser cosechado.

Arrancó el fruto y con su antigua navaja lo peló, me dio un pedazo y me dijo “¿Ves?, está perfecto.”... Ese era mi abuelo. Ese eras tú, ¿recuerdas?, el hombre que impulsó mis sueños, el que me acurrucaba cuando tenía frío y me escondía cuando hacía alguna travesura. Mi tata, el hombre que conocía el campo al revés y al derecho, el creador de mi persona, el hombre de mi vida. Ese eras tu y eso sigues siendo, aunque nuestros encuentros tengan que ser a través de una lápida, pero nuestro amor es tan grande que traspasa barreras, hasta la de la muerte. Gracias tata, tu salvaste mi vida, gracias de aquí a tu nuevo hogar.

Josefa Ignacia Bichara Muñoz, Santa Cruz